



Madrid Cómico

Director: SINESIO DELGADO

Instantáneas.

(Salvador Martínez Cubells.)



Entre la pléyade ilustre
de pintores de valía,
el autor de *Inés de Castro*
figura en primera línea.

SUMARIO

TEXTO: De todo un poco, por Luis Taboada.—Anuncios, por Juan Pérez Zúñiga.—El payo real, por José Zahonero.—No hay más camino, por Luis de Ansoarena.—¡Felic mortal!, por Sinesio Delgado.—Cómo se escribía, por Antonio de Valbuena.—El gran defecto, por Fiacro Vráyaca.—Jugadores, por Eduardo de Palacio.—A mi amigo don Antonio Sánchez Pérez, por C. Palencia.—Chismes y ocultos.—Correspondencia particular.—Anuncios.

GRABADOS Instantáneas: Salvador Martínez Cubells.—Parada y fonda.—Contrastes (seis viñetas).—Comprimámonos.—Las apariencias, por Cilla.



Hay hombres que se casan enamorados, viven estrechamente unidos á sus esposas durante un par de meses, tienen celos de todo, «hasta del aire que las rodea», se meten en la cama tempranito, y un día van y dicen:

—Filomenita, voy á salir.

—¿Adónde?

—Á ver si cobro dos pesetas á

Telderete, que ha estrenado en Martín y estará en fondos.

—¿Vas á dejarme sola, Sinfioriano mío?

—Pronto vuelvo; ya sabes que sin tí no puedo estar en ninguna parte.

Un día se van de casa, á pretexto de cobrar dos pesetas; se acostumbra á salir diariamente y á dejar sola á su mujer, y ya no hay quien les sujete en el domicilio conyugal.

—Pero ¡hombre! tú no me sacas nunca á paseo; tú has tomado esta casa por una fonda; tú no me guardas consideraciones de ninguna clase. ¡Ay, Sinfioriano! Tú no eres el mismo.

Y Sinfioriano, nada, sin sacar á su mujer, ni hacerla compañía, ni presentarla en sociedad. Una vez, por excepción, la lleva al teatro, y al día siguiente le dice un amigo indiscreto:

—Ya te vi anoche en Apolo con una cursi horrorosa. ¿Es alguna titiritera del circo de Parish?

—Es mi señora—exclama Sinfioriano con altivez.

—¡Tu señora! Pero ¿estás casado? ¡Qué plancha!

Abundan los maridos como Sinfioriano, pero hay otros como Rudesindo, que no se separa nunca de su mujer y la lleva á todas partes, á la oficina, al café, al Giro mutuo, si tiene que cobrar una letra, á la sesión pública del Ayuntamiento, á sacar la cédula personal... Sin su mujercita de su alma Rudesindo no está bien en ninguna parte, y es el primero á inventar toda clase de placeres para distraerla y ventilarla.

—¿Cómo estás de botas?—le pregunta un día.

—Buenas mañanitas han salido las tales botitas,

—Pero ¿tienen buen ver todavía?

—¡Ya lo creo!

—Pues límpialas.

—¿Para qué?

—Te voy á llevar al velódromo; se me ha ocurrido aprender á montar en bicicleta, y quiero que tú aprendas también. No es cosa de que yo salga el día de mañana á dar un paseo y te que des sola.

—De ningún modo.

—Por eso quiero que aprendas á montar y que lleves bien limpias las botas.

El matrimonio se dedica en cuerpo y alma á la bicicleta, hasta que consigue dominarla por entero. Entonces Rudesindo y su esposa procuran marchar con las máquinas juntas para poder mirarse y para que ni aun en los ejercicios de velocidad dejen de estar unidos ni un solo momento.

—Rudesindo—dice un día la esposa, á mamá la hemos hecho un desaire, y está resentida.

—¿Por qué?

—No la hemos invitado á aprender la bicicleta. Ya sabes que se muere por el ejercicio agitado.

—Sí, y por la comida, y por la bebida, y por todo. No he visto señora más aficionada á divertirse.

—Tú la miras con malos ojos, y todo viene desde aquel día en que, sin querer, te dió con la escoba en la cabeza.

—Basta de recuerdos tristes.

—Bueno, pues yo, sin mamá, no vuelvo al velódromo.

Como Rudesindo es un pedazo de pan y no quiere ver disgustada á su esposa, decide llevar á la suegra al velódromo, y allí la montan en bicicleta y la empujan, como si se tratara de hacer rodar una pipa. Por fin, consiguen que se sostenga en equilibrio, y acaban por dejarla sola. La primera vez que esto ocurre, la suegra quiere adquirir velocidad, y se desploma sobre un caballero machucho que está aprendiendo también, y sufre varias lesiones de pronóstico reservado.

Hoy, Rudesindo, su esposa y su mamá política salen por ahí en bicicleta, llamando la atención del público, que se muere de risa, y de los perros, que les ladran al pasar.

Pero Rudesindo no se ofende, porque su mayor placer consiste en vivir unido á su esposa, y llevarla á todas partes, y darle todos los gustos.

El otro día tuvo que ir al cuartel de la Montaña á un asunto importante, y llegó hasta la puerta en compañía de su esposa. Allí dijo al centinela:

—Hágame usted el favor de echarle un ojo á esta señora mientras yo despacho un asunto.

Y metió á su mujer en la garita.

Por fin ha nevado.

Ya creíamos todos que este año no habría blanca sábana, como dicen los periodistas encargados de los fenómenos atmosféricos; pero la otra noche, cuando salíamos del teatro, Madrid parecía una gran fuente de chantilly, según el felicísimo símil de otro periodista y poeta de imaginación ardiente.

Con motivo de la nevada han ocurrido varios accidentes desgraciados.

Una señora se dislocó el tobillo izquierdo en la calle del Príncipe; un conocido concejal sufrió la luxación de la muñeca derecha á causa de una caída, y ahora no puede seguir ejerciendo el cargo.

—Si no puedo hacer uso del remo—dice él,—¿de qué me sirve la concejalía?

Luis Taboada.

*

Anuncios.

El niño Juan Padró, que apenas sabe leer, cogió un periódico ayer y los anuncios leyó. Deletraba el gatera del chico medianamente, y á su padre, allí presente, le dijo de esta manera:

—¿Qué, se ríe usted de mí?

Pues aunque se esté riendo,

le aseguro á usted que entiendo los anuncios que hay aquí.

Bicicletas de alquiler.

Plaza de la Berengena.

También hay árnica buena.

(Esto es fácil de entender.)

Gran liquidación verdad.

Tienda de muebles de Hermida.

(Supongo que se liquida por causa de la humedad.)

Longanisa superior.

¡Superior! Ya se por qué.

Será porque la hacen de caballería mayor.)

Pla.—Dinero con usuta de sobre alhajas. (Es que Pla tiene dinero y lo da encima de las alhajas.)

Don Roque Barra Ferales ha fallecido.—R. I. P.

(Puesto el nombre, no sé á qué repiten las iniciales.)

Excelente ama de cría.

Leche pura, para fuera.

(Lo entiendo, y aunque tuviera dos años lo entendería.)

¡Comprado antes que se acabé!

Jarabe para la tos

á peseta (¡Sabe Dios lo que costará el jarabe!)

Por muerte de Luis Tarrasa se traspasa su almacén..

(Falta que digan también si la viuda se traspasa.)

Se ha perdido una perrita con asistencia ó sin ella.

Aquí el buen orden se estrella.

¡Vaya una errata bonita!

—¡Si corrigen no sé cómo!

—Pues lo que sigue es notable.

Se admite un señor estable con una mancha en el lomo.

Ya comprendo que también aquí hay errata, papá.

—¿De modo que entiendes ya todos los anuncios bien?

—Entiendo bien unos leo; mas con éste me hago un lío.

—¿Qué es lo que dice, hijo mío?

—¡Sílfides y verano!

Juan Pérez Zúñiga.

PARADA Y FONDA



—¿Gustas?
—Gracias; acabo de hacerlo en el escaparate de más arriba.

El pavo real.

Toda la volateria, roja, negra, gris y moteada del corral del cortijo quedóse llena de asombro cuando entró su majestad con la magnífica cola de oro y pedrería y la corona ó penacho de las leves móviles plumillas de su regia garzota en la cabeza.

El gallo lanzó un cacareo, como insolente bravata de celoso y quisquilloso, á las admiradas gallinas.

Un príncipe de la India gallardo y afroso, con más vivos colores que los de un ramillete y reflejando en los espejuelos ú ojos de su pluma las luces del sol, el pavo real, paseábase majestuosamente.

—Mira, Ventura—decía Rosarito, chavalilla morena que era un terroncito de sales y como una celdilla de mieles,—mira qué hermosura; está pidiendo un *palasio de prata rebusiente*.

—¡Ay, mi luserol!—replicó el chavalillo muy *acharoso*—que para mí *ese avechuelo* es como un nubarrón que se me pone delante *pa enturbio de la vista*. Me *hase á mí er mesmo* mal que le *está haciendo* ahora *ar gallo*. Fuego le corre *ar animalillo* por *er cuerpo*, como corre el agua hirviente por los tubicos de la locomotora *der tren*—añadió el chaval mordiendo el labio inferior con sus dientes afilados por el celo y el coraje.

Roja tenía la cresta el gallito, empinado el cuello, encendidos los ojos y adelantada una patita con gallardía de valentón, por donaire de desafío.

—¡Ole, mi niño! Míralo qué bien *plantaos*, Ventura. *Ze piensa* que *er señorito* con *toos esos rumbos* de emperador de la *trapazonada* va á quitarle á él su partido con *las mosas*... No, *señó pujito*; *si para er pavo real son gentusa las gallinas*.

Nada replicó el chaval y, cargando al hombro con una azada y tomando un seroncillo, se fué cabizbajo y entristecido á trabajar en la huerta del cortijo.

La chiquilla derramó con sus lindísimas manos algunos granitos de cebada por el suelo, y luego, prendiendo al negrísimo cabello un clavelito que tenía en el pecho, dejó en el corral á las aves picoteando y se dirigió á la casa.

—¿Qué *pensaroso*—se decía—es *er Ventura*? Se me va á *hacer más aborresío y empalagor* que un tarro de confitura añeja.

El chavalillo ya estaba trabajando.
Cava que cava la tierra seguía Ventura al tiempo mismo que, con un pensamiento fijo, ahondaba en su alma el fiero recelo.

—¿Quién habrá *mercao* á Rosarito *er pavo* de colorines?
—Mucho *cañilaz*, Ventura... que ni *hablas* ni ta he *oío* cantar en

tes la mañana—dijo tío Policarpo, el guarda del cortijo, al pobre chavalillo.

En esto oyóse un granido agudísimo como toque de un clarín desafiado, que hería los oídos y descordaba las apacibilidades silenciosas del alma. Produjo tal estridente grito en Ventura el efecto que le hubiera causado un insulto lejano, cobarde, cínico y salvaje.

—¡Dios me valga! ¡Le *retorserit er pescueso*!—exclamó.

—¿A quién, *arom* bendita?

—¿A quién! *Ar pajarraco* *ese*, que es una gallina grande *vestía*.

—¿*Ascara*—contestó el joven.
Y poco después cantaba, recibiendo en su cabeza y en su negro cuello los achicharradores rayos del sol, y sudando por la furia del trabajo canturreó:

¡Ay! no es un tierno querer
lo que le gusta á mi niña:
la engañan los *pavo viales*
con sus plumas pintailas.

II

—¡Merceda, anda al *partijo* y abre, que *está* ahí el hijo de los *amos*! ¡Bendito Dios, y qué *majesa*!... *Parece* un *amaneser* de día de Mayo... Trae una jaca como *amanojico* e primores. La manta *jeresana* vale *mitz* de *dose onzas*—decía la madre de Rosarito á uno de las mozas, el ver en la entrada del cortijo al joven caballero erguido en la silla y refrenando el ardor de su jaquita negra.

—¿*Onde está* Rosarito?—clamaba la madre.

—Rosarito! ¡Chiquilla! ¡*Puez* dónde te *has metío*!—gritaba el viejo guarda.—Anda, Ventura, *avisa* á la niña.

—Búscala tú, zopenco, destripa terrones; búscala—iba pensando, entristecido por la pena, Ventura.—Tú *podas*, tú *cavas*, tú *pisas*, tú *envasas* el vino con que el señorito se ha de regalar; tú *siembras*, tú *coges* los frutos para su *deleite*... ¡Llévale ya el tesoro de tu alma para que se alegren sus ojos! ¿Qué eres tú? Negro tizo, esponja de sudores, flaco y apenado. ¿Qué eres más que un esclavo del mocito vanidoso, brillante? Blanco es como el marfil; tiene el pelo negro como el ébano, pero no encrespado como el tuyo; grandes y dulces ojos, cuando los míos son grandes y echan llamas... el vestido á primor, ¡yo desgarrado!... ¡Rosarito! ¡Rosarito! ¿Quisiera Dios que no pareciese!

Llegó el señorito al corralillo, después de visitar la casa, y preguntó dónde estaba el pavo real que él había regalado á la mocita.

—Está de muda y quedan *hechos*, en tanto, una lástima, y á la cuenta les da vergüenza... porque la que luego se dice: *Er* que ha *tentío* muchos rumbos y mucho lujo y *dimpués* se ve *pelao* y en *miseria*, *juye* de la gente—dijo con calma irónica y gravedad sentenciosa tío Policarpo. Pero esa Rosarito de más *pecaos* habrá *tamién* *perdió* *erz* *lujos*, que no *parese* por parte *arguna*.

—Impaciente estoy por verla—dijo el señorito lanzando á uno y otro lado miradas fulgurantes casi como los rayos de luz que despedía el magnífico anillo de su corbata y las ricas sortijas que ostentaba en sus finas manos de caballero. ¿Estará más alta?—añadió poco después.

—Como una *payma*—dijo la madre.

—Y hermosa.

—Para *zur* padres y para *er* que vaya á *zer* *su maria* *er* día de mañana, no debe haber otra—dijo Policarpo.

—Como una reina—exclamó la madre.

—Linda era ya hace meses, cuando yo la vi en Granada, el día que llevó el ramo de rosas.

—¡Rosarito!—gritó la moza Mercedes.—No está en la huerta, ni en la alameda, ni en el molino de aceite, ni en las escoberas, ni en el colmenar.

—¿*Puez* dónde *ze* *ha metío* *erz* *chica*?... ¡Rosarito! ¡Rosarito! gritó la madre.

—Acá viene...—replicó muy entonada y gozosa la voz de Ventura, que llegaba por la parte opuesta del corral.

¡Dios Nuestro Señor! ¿Quién era aquella muchacha sucia, desbarrapada, de andar torpe y movimientos desgarbados? Cubierta de harina la cara y el cabello, enharinados los brazos y las manos, con un tocso delante, larga y raída falda, zapatos rotos y anchos, presentóse Rosarito.

Restregábase las manos muy contento Ventura y no le era dable poder dominar su alegría.

—¿De dónde *zález*, chiquilla, que *pareces* coma un *arma* en pena?

—¿De dónde quiere que *salga*? *En er artesón* *estoy*, que es día de amasar.

Y habló con fereza, y puso arte en aparecer desagraciada y ruda, y produjo, en fin, en el curioso señorito un desencanto, un efecto contrario al que él había esperado.

No había duda; la gente del terruño era así, tal y como la chavalita, burda, tozuda y grosera... ¡Amasando el pan con toscas manos!

—*Tubo* *er* *del amo*—decía después Ventura,—pero Rosarito, Rosarito pierde para él su plumaje, *ze* *arconde*... y guarda para mí *er* *palaz*.

¡Depresso yo los *póeres*
que tiene un *emperor*,
que me da mi niña un reino
drenta de su corazón.

Fosé Zahonero.

CONTRASTES



•Vente, niña, conmigo al mar,
que en la playa tengo un bajel...•



•¿A quien le doy las ochenta
mil pesetas que tengo en la
mano?•



•Lucerito me llaman
en Andalucía...•



•Madre infelice
corro á salvarla...•



•Yo soy...
de la corte de España
el caballero
más pendenciero
y enredador...•



•Mira el pie,
mira el pie,
que es tan chiquitito
que apenas se ve...•

NO HAY MÁS CAMINO

¡Vaya, chica, no pienses en tu pasado!
No vuelvas á esas tristes melancolías;
pierde toda conciencia de tu pecado,
que amargaré sin duda tus alegrías.
No envenenes tu dicha de esa manera...
Sigue... sigue adelante por tu camino...
Volver atrás un paso... ¿sabes qué fuera?...
Oponerte á las leyes de tu destino.
El, á todo el que nace rumbo señala...
Loco quien con él lucha... ¡porque es tan fuerte!...
¿Te hizo pobre y hermosa?... Pues te hizo mala...
¡Paciencia, criatura, sigue tu suerte!
Sigue... sigue prestando tus labios rojos
á los besos febriles de tus amantes,
y sigan despidiendo tus negros ojos
miradas que enloquezcan... ¡las mismas que antes!
¿Que hay quien quiere sacarte del hondo abismo?
¿quien levanta murallas ante tu paso
y te habla de virtudes?... ¡Puro lirismo!
creíme á mí, chiquilla, no le hagas caso...
Olvida lo que dice... No te conmuevas...
En ti el arrepentirte fuera locura;
las que en su vida llevan lo que tú llevas
un solo poder tienen... y es su hermosura.
Caíste... Nunca pienses volver arriba.
¿Te ve el mundo en el fango?... Se encoge de hombros.
Nadie tiende una mano caritativa...
¡Nadie saca al caído de los escombros!
Por eso, hace un instante, con honda pena,
yo te oía quejarte de tu fortuna
y decir sollozando:—¡Quiero ser buena!
como un niño que dice:—¡Quiero la luna!
Y, al ver que recordabas, ansiosa y triste,
tu hogar abandonado, tu bien perdido,
—¡Pobre!—pensaba.—Sueña... Su hogar no existe...
Chocó con la deshonra... ¡Su hogar se ha hundido!
En él no encontrarías lo que otras veces...
No se borra el pasado como imaginas.
Si ahora, por recordarle, tanto padeces,
mayor tu pesar fuera viéndole en ruinas.
Conque... sigue adelante; no te conmuevas
con lirismos que nacen de la locura...
¡Las que en su vida llevan lo que tú llevas
un solo poder tienen... y es su hermosura!

Luis de Ansorena.

FELIZ MORTAL!

(Á JUAN PÉREZ ZÚÑIGA) (2)

¿Conque comes obleas y pan duro
y escarola y cocido deficiente,
y, tocante á vestir, escasamente
te sale cada prenda á medio duro?
Pues yo, que te conozco, te aseguro
que estás sano y robusto, y vas decente,
puesto que usas chistera reluciente
y hasta tienes un frac para un apuro.
De modo que te quejas por manía
y á la suerte le añades una injuria,
porque si estás más gordo cada día
y ocultas de tal modo la penuria,
¿quién le da una lección de economía
al más dichoso de la actual centuria?

Sinecía Delgado.

Comprímámonos.



—¡Son ellos! ¡Estaba por tomar un coche de punto, seguirlos y sorprenderlos luego *in fraganti!*... Pero no; él tiene trazas de bruto, y puede que me quedara con un puñetazo en las narices y sin las dos pesetas.

¡Cómo se escribe!

Dice D.^a Emilia Pardo Bazán, en una *Página suelta*, que ni está suelta ni tampoco es página, sino embutido de tres columnas muy apretado:

«El destacamento había *marchado* toda la mañana...»

Marchar propiamente es partir, de manera que ya no está del todo bien eso de que había *marchado* toda la mañana. Pero no hay que detenerse tan pronto. Sigamos la marcha literaria de D.^a Emilia.

«El destacamento había *marchado* toda la mañana, y después de un alto, fué preciso seguir la caminata emprendida para acampar, *ya anochecido*, como Dios dispusiese...»

¡Ah! ¿Cómo Dios dispusiese? Es decir, que todavía no habían *acampado*... y entonces ¿cómo dice D.^a Emilia que al *acampar* estaba *ya anochecido*?... Hubiera dicho «para acampar *al anochecer*» ó «cuando *anocheciera*», y habría resultado la construcción más natu-

ral, y no le hubieran hecho falta tantas comas. Pero, en fin, el caso es que

«...fué preciso seguir la caminata emprendida para acampar...»

De donde parece deducirse que la caminata se había emprendido solamente *para acampar*, y que sólo para acampar se movía el destacamento; aunque luego se ve que no es así.

«...fué preciso seguir la caminata emprendida para acampar, *ya anochecido*, como Dios dispusiese, en la linde del bosque.»

Oscuro, trabajoso y malo.

«La lluvia (caso raro en aquel clima durante el mes de Diciembre) no había cesado de caer en *hilos oblicuos, apretados y gruesos*...»

Pues mire usted, mucho más raro que el caso de la lluvia en Diciembre me parece á mí eso de que la lluvia cayera en *hilos* con todas esas condiciones. Y sigue:

«Sorprendidos por el capricho de las nubes, desprovistos de mantas y de capotes, soldados y oficiales *se resignaron, ó mejor dicho, se chancearon* con el agua.»

¿Mejor dicho? ¿Por qué?... Ni mejor, ni peor. Porque resignarse y chancearse ni son sinónimos ni opuestos; de manera que bien pudieron suceder las dos cosas... Aunque probablemente no sucedería ninguna.

(2) Véase el número anterior. Y si no se tiene á mano, cómprese.

«Hacia calor—sigue diciendo D.^a Emilia—y el chorreo del agua no parece sino que aumentaba...»

«Señora, por Dios! ¿No parece sino que aumentaba...? Ahora es cuando no le parece á usted sino que aumentaba! Sea usted consecuente en el régimen gramatical.»

Diga usted que no parecía sino que aumentaba... Si es que se empeña usted en decir de alguna manera; porque mucho mejor sería que no dijera usted nada de lo que sigue:

«Hacia calor, y el chorreo del agua no parece sino que aumentaba la densidad de la temperatura.»

«Doña Emilia! Doña Emilia! ¿La densidad de la temperatura... Eso no lo dice un rapaz del Instituto; porque para decirlo tendría que desconocer lo que es temperatura ó lo que es densidad. A bien que usted... es muy posible que desconozca las dos cosas.»

Porque aun suponiendo que usted llama temperatura á la atmósfera, como cualquier literata de Sobrado ó del Barco de Valdeorras, todavía la afirmación resulta un poco disparatada, puesto que la lluvia no aumenta la densidad de la atmósfera, sino que la disminuye.

Bueno. El caso es que los soldados, á pesar de que hacia calor y de que el chorreo del agua no parece (ni la sintaxis tampoco), no parece sino que aumentaba la densidad de la temperatura, seguían marchando.

«La idea de salvar á españoles y españolas de la muerte y de los ultrajes alentaba al destacamento y le ponía alas...»

«¡Alas ha dicho usted?...! Dios mío!... Crea usted, señora doña Emilia, que, desde que se las puso usted á la gordaña, en cuanto mienta usted las alas me echo á temblar, previendo un estropicio.»

«La idea... etc., alentaba al destacamento y le ponía alas en los pies...»

«¿Lo ve usted, señora?... Lo que yo me temía...»

Se puede decir, y usted lo habrá oído y leído algunas veces, de quien va muy apresurado por llegar cuanto antes á un sitio, se puede decir que el deseo, el interés, el amor, etc., le da alas. Si usted quiere decir en lugar de «le da» le pone alas, pase; pero sin decir dónde se las pone, porque no hace falta decirlo. Y de todos modos, caso de decirlo, que no sea en los pies, señora; porque las alas en los pies han de hacer una facha muy desgraciada.

A más de que el destacamento tampoco tiene pies, como tal destacamento, donde ponerle las alas.

Pero hay que concluir el párrafo para acabar de conocer la rara figura del destacamento que usted pinta.

«La idea... alentaba al destacamento y le ponía alas en los pies, aunque el barro, que cubía hasta las rodillas, se los calzaba de plomo.»

«¡Vamos! ¿Me quiere usted decir, apreciable D.^a Emilia, de qué pueden servir las alas puestas en unos pies hundidos en barro hasta las rodillas y además calzados de plomo?...»

«¡Vamos, que un destacamento con pies provistos de alas y calzados de plomo y hundidos en el barro!...»

«¿Ve usted, señora, los extremos á que conduce el afán inmoderado de parecer original y modernista?»

«Como lo de contarnos más adelante que «la luna filtraba ondas de luz gris perla al través del espeso ramaje!...» ¿No sabe usted que esas filtraciones de luz están mandadas retirar desde que las filtraciones de fondos públicos, puestas en moda por conservadores y fusionistas, han envilecido el vocablo?...»

A más de que podría pasar, si acaso, la figura de filtrar luz; pero eso de filtrar ondas de luz ¿cómo quiere usted que pase? ¡Menudos agujeros necesitaba tener el filtro para dejar pasar las ondas! Eso ya no sería filtro; sería, por lo menos, una zaranda garbancera.

De modo que más propiamente podía usted haber dicho que «la luna azarandaba ondas de luz», que no que las filtraba.

Lo mismo que lo de querer hacernos tragar que unos soldados y oficiales, que han encendido una hoguera en el campamento, se abanicaban con hojas de cocotero! Pues si tenían calor, lo más sencillo era apagar la lumbre... Es decir, no: más sencillo era no haberla encendido.

Después nos dice D.^a Emilia que «los soldados buscaron en el sueño, ó más bien en un inquieto y pesado letargo, el descanso indispensable.»

Pase lo de pesado, cualidad propia del letargo, aunque no exclusiva, porque también la tienen algunas narraciones; pero un letargo inquieto, francamente...

Y luego dice D.^a Emilia que el capitán dijo: «En cuanto dormí ten un cuarto de hora los azucos...» No, señora, no se lo presento á usted. El capitán diría los azucos ó los espabilo á los hago levantar, etc.; pero no diría los azucos, porque para eso necesitaba no saber lo que es azucar, y los capitanes, y aun los soldados, suelen saberlo.

Más adelante cuenta D.^a Emilia que el capitán hizo recordar al teniente la noche que era, y el teniente exclamó «con acento penetrado: ¡Nochebuena!» Y después de ese acento penetrado le hace decir unas cuantas cursilerías como las siguientes:

«Ay, quién comiese hoy la sopa de abuelitas y la compota con rojas de cavela en casa de tía Dolores! Con las primillas, al lado de Fany! Está uno ya tan harto de ver estas amarillitas y Juanetadas! ¡Ojalá las mujeres de nuestra España!...»

«¡Ojalá lo gracioso que está D.^a Emilia cuando se las echa de andaluz!»

A más de que las primillas, por las primas, no se puede decir y no lo dice ningún teniente; los cuales suelen saber que primilla es perdón de la primera falta, y teniendo esta acepción propia no se puede usar como diminutivo de prima.

Tampoco debe ser verdad lo que en seguida cuenta D.^a Emilia

de que el capitán dijo seriamente: «Y las mestizas no dirás que no son lindas. No, yo creo que no hay ningún capitán que diga eso, ni seriamente ni en broma. Esta D.^a Emilia cree que los capitanes hablan el castellano tan mal como ella... Un capitán hablando de mujeres hubiera dicho «no dirás que no son guapas, ó no dirás que no son hermosas...» Pero lindas?...»

«Señora, si ese adjetivo ya no le usa nadie más que usted, á no ser como nombre de alguna galguita inglesa!...»

Y por ser esto demasiado largo hay que perdonar á D.^a Emilia lo de que la tropa «avanzaba renegando, pero sin quejarse»; lo del niño que «se deshojaba Norando», en lugar de «se deshacía», que es como se suele decir; lo de que «el niño fué festejado y compadecido y hasta chillado hasta que le tomó, etc.» (chilladura ésa, entre dos hastas, que no se sabe lo que quiere decir); lo de que el capitán «adelantó en la mano todo el dinero que llevaba», y otras cosas por el estilo.

Antonio de Valluena.

El gran defecto.

—Pero ¿eso es cierto, Teresa!

—¡Va lo creo que lo es! Hace ya un mes que el marqués no vive con la marquesa.

Llegó á saberlo el marido, porque eso siempre se sabe, y de una manera suave, sin escándalo ni ruido, decidieron los dos á irse por distintos lados, y hoy los tienes separados en paz y en gracia de Dios.

—¿Y todo fué por Enrique?
—Por ese infame avechacho tan feo y tan delgadicho que parece un alfileruelo...

—¡Por ése!

—Pues, la verdad, no comprendo ni me explico que se haga por ese... único semejante atrocidad.

—¡Porque cuidao que es feo...

—Sí, como feo, lo es.

—A su lado es el marqués

un feal mozo.

—¡Va lo creo!

—Tiene un aire distinguido.

—Y una figura arrogante.

—¡Tan guapo!

—¡Tan elegante!

—¡Tan pulcro!

—¡Tan comedido!

—Por mi parte, sé decir,

y todas lo mismo hicieran, que, si algún día me dieran entre los dos á elegir, no pasaría un apuro, ni siquiera dudaría, porque me decidiría por el marqués, de seguro.

Pero ¿por ese Enriqueito que á ella tanto le enamora?...

—¡Eso no es hombre, señora, eso es un pájaro frito!

—¿Y con un marido así,

tan correcto y ejemplar,

se ha podido enamorar

de semejante gili!

—¡Verdad que es un disparate!

—Lo será, pero... ¡qué quieres!

—¡Cuando digo que hay mujeres

que son tontas de remate!

—Es verdad que es muy correcta

y muy guapo, si lo es;

pero olvidas que el marqués

tiene para ella un defecto.

—¡Y yo que no lo sabía!

—¿Es que está enfermo?

—¡Pecor!

Es defecto de mayor

importancia todavía.

—Pues no se lo he conocido.

—¿Y cuál es? A ver, á ver...

—¡Hija, pues cuál ha de ser!

—¡Que el marqués... es su marido!

Fiacro Tráizoz

Jugatrices.

«Ay, señor Delgado! Yo, si no lo veo, tengo la certeza de que no lo creo.»

Unas señoritas (pero que elegantísimas)

con abrigos, pieles de conejo y guantes,

empuñando el taco á la perfección,

arman, cuando quieren, la revolución.

Son seis buenas mozas, dicho sin faltar,

que en sus ratos de ocio juegan al billar.

Sea por derecho, sea por recodo,

hacen carambola, á pero que con todo.

Manejando «el cortos», ¡qué facilidad!

«Y con la mediana!» ¡Qué barbaridad!

Todas son notables, no hay alguna floja.

Una, por el ojo, otra... por la hoja.

(Hoja de servicios en lo del billar.)

«Qué temple de taco tiene en el picar!

Que picando... bolas, no hay un picador

que como ella pique, no digo mejor.

Hay otra rubita como el perro Paco,

que maré el *verde*, en tomando el taco.

«Cómo le maneja! ¡Qué seguridad!

¡Saca unos efectos!... ¡Qué brutalidad!

Una con el mingo, otra con la *pineta*...

«¡Qué seis criaturas!... ¡Cada una distinta!

Vaya usted á verlas y me lo dirá;

y además, es gratis, conque ¡quién no va!

Eduardo de Palacio.

Las apariencias.



—El cuerpo bonito, el talle flexible... ¡Por fuerza es una modistilla de las que á mí me gustan!
—Siento pasos menudos y respiración anhelante. Debe seguirme un estudiante de primer año.

Á MI QUERIDO AMIGO

DON ANTONIO SÁNCHEZ PÉREZ

Querido don Antonio:
Hoy me he enterado de que los *inmortales* ya han designado la sucesora de la celebradísima gran Teodora, y ha sido al enterarme tal mi despecho, que una *ostra envenenada* bulle en mi pecho, y ardiendo en ira, ya ve usted que me arranco por seguidillas. Y las bailo, y las canto de buena gana, pues me sobran motivos para bailarlas. Ya usted lo sabe, y con que usted lo sepa tengo bastante. Sin las declaraciones atribuidas, con la *intención más santa*, á mi costilla, el resultado habría sido idéntico, no hay que dudarlo. ¿Razones? ¿A qué darías, si huelgan todas tratándose de gentes tan *patriotas*? ¿Que hoy en España hay muy pocos autores? ¡Calumnial! ¡Infamial! Aquí hay cada *eminente*

que canta el credo y hoy brilla como nunca nuestro proscenio. ¡Oh, qué comedias salen todos los años de la Academiál! Aquí á nadie se plagia —léase roba— y el que no lo confiesa, no es patriota. ¿No está á la vista que es ya nuestro teatro regionalista? ¿No merece por ende mil alabanzas *too* el que escribe comedias *pa andar por casa*? ¿No es más bonito la choza, el cerro, el valle, los trajes típicos? ¿Que Calderón y Shakespeare fueron *humanos* pintando todo género de *ciudadanos*? Y eso ¿qué importa? Lo esencial es en arte ser *patriota* y rechazar el oro del extranjero, para que aquí lo falso pase por bueno. ¿Nuestro glorioso, nuestro siempre brillante siglo de oro no asombra al mundo entero por sus bellezas?

¿No traspasó y traspasa cien mil fronteras? ¿Por qué hoy sucede que lo que en Madrid nace en Madrid muere? Conste que no censuro ni á nadie ofendo; simplemente me atacan y me defiendo. Adoro el arte, y aunque vivo de farsas no soy farsante. Y por no ser *latoso* hago aquí punto; pero antes dos palabras sobre mi asunto. Mi cara esposa,

que antes que á *catedrática* llegó á *doctora*, merced á la extremada galantería de unos cuantos señores de gran valía, decir me encarga que dé usted á sus *tres votos* rendidas gracias, y á los demás *votantes* de la Academia, por su *gran patriotismo*, mi enhorsabuena. Mi esposa cara, cuando quiera Academia, la tendrá en casa.

C. Palencia.

Habana 24 Diciembre 96.

*

CHISMES Y CUENTOS.

Ha continuado la lluvia con una *monotonía* verdaderamente cargante. Pero tampoco se ha bajado un céntimo el precio del pan. De modo que San Isidro Labrador debe de estar un poco resentido con nosotros. Porque le sacamos en procesión, nos concedé lo que le pedimos y... no se ve el producto.

La línea de Asturias está interceptada, según los partes, para no perder la costumbre establecida hace años. Esta circunstancia nos priva del *Palique* de este número, que no ha llegado al hacer el cierre... ni llegará hasta sabe Dios cuándo.

Pues señor, cuentan que en cierto teatro de la Habana ensayaba la música de una zarzuela una orquesta compuesta en su mayor parte de negros.

Como suele acontecer con frecuencia en estos ensayos, los profesores tropezaban en un punto y... no se podía pasar de allí.

El director de orquesta (negro también) había agotado ya las probaturas y las correcciones, y como si no! cada vez que se llegaba al pasaje en cuestión cada instrumento se iba por su lado y resultaba una algarabía inaguantable.

Por último, el director, desesperado, harto y perdida la paciencia, tiró con rabia la batuta y exclamó con malos modos:

—¡Esto es imposible! ¡Esto es una merienda de...

Y acordándose de su propio color y del color de sus músicos, acabó la frase dulcificando el tono todo lo posible:

—... una merienda de ... de cualquier cosa!

Y esto es lo que puede decirse de la eterna guerra de Cuba.

Aquellos es una merienda... ¡de cualquier cosa!

En la provincia de Pinar del Río, completamente pacificada según las comunicaciones oficiales, no pasa día sin que haya combates más reñidos que cuando andaba por allí Maceo (q. e. p. d.), tan reñidos, que de los quinientos insurrectos que quedaban, andrajosos y dispersos, cuando se retiró á firmar cartas en la Habana el general en jefe, han muerto más de setecientos á estas horas...

En las otras provincias, también á punto de pacificarse, menudean asimismo los encuentros, ni más ni menos que en el período álgido de la campaña. ¡Y gracias á que por fin ha salido á operaciones D. Valeriano Weyler!

Del cual no podrá decir la historia que fué irreflexivo para tomar resoluciones. Cuando va á hacer una cosa la anuncia con treinta días de anticipación... aprovechando la época de la seca.

Casi todos los periódicos publicaron hace pocos días un largo despacho de Nueva York dando cuenta del apresamiento de diez oficiales por una cuadrilla de *plateados* en los propios arrabales de la Habana y de la voladura de un cañonero en el río Cauto.

Como era de esperar, al copiar ambas noticias tuvieron buen cuidado de ponerlas el siguiente epígrafe:

INFUNDOS FILIPISTOS

Y, efectivamente, en los mismos números de los mismísimos periódicos se publicaban partes de los corresponsales respectivos anunciando la voladura del cañonero y la captura de los oficiales de nuestro ejército.

Pero se les olvidó encabezarlos con el título de

INFUNDOS DE LOS CORRESPONSALES

Y así no hubiéramos tenido trapos que lavar.

CORRESPONDENCIA PARTICULAR

Fuquena.—El romance tiene poca gracia, pero además es preciso convenir en que no está bien hecho.

Bertoldo.—Abusa usted de las asonancias de una manera lastimosa. ¡Fíjese, por Dios! Aparte de que hay que huir del estilo pedestre como del fuego.

Sr. D. M. M.—Pues... su defecto principal es éste, el de ser imitación de los de López Silva. Para no hacer algo *propio*, más vale no hacer nada.

Un audaz lector.—Un poco vulgares. Del almanaque que pide no se encuentra uno por un ojo de la casa. Como se dan gratis... ¡vuelan!

Sr. D. A. V.—Los números atrasados de años anteriores no pueden darse por menos de 50 céntimos cada uno. El precio ha variado únicamente desde 1.º de este año, con objeto de no entorpecer la formación de colecciones del álbum. ¡Muchas fotografías de calles y plazuelas pide usted! Sería eso de una monotonía inaguantable.

Requiere.—He visto muchos endecasílabos que no lo eran, pero como esos... ¡ay! como esos no.

Sr. D. S. A.—«Ya, á la estación ha llegado»

la familia entristecida,
para dar la despedida
al jovencito soldado...

Eso de jovencito me parece demasiada ternura. ¡Y bastantes desgracias tenemos para venir ahora á encoger el ánimo!

Sr. D. J. M. C.—No son vulgares, son vulgarísimos, por desgracia.

Franco de Sena.—No, señor.

R. Paración.—A mí no me la da usted, esos *afanes prolijos* y esa ortografía endemoniada están usados á propósito.

¿Podrá pasar este?—Digo lo mismo que á D. S. A. No hay que dedicar esas cosas á los soldados que van á Cuba, porque bastante trabajo tienen.

Sr. D. L. V.—El asunto, á todo tirar, podría servir para cuatro versos. Pero no para treinta.

Pepe López.—¿Que si llegará usted á dar días gloriosos á la patria? ¡Ya lo creo! Otros menos desahogados se los han dado antes de ahora.

Rinconete.—Tampoco puedo utilizar nada esta vez.

El peroso.—Siento tener que decir lo mismo exactamente.

¿Cuál?—Mire usted lo que son las cosas: me gusta más la cartá que la *algarabía* y las *imitaciones*.

Sr. D. C. A.—Agradezco mucho sus ofrecimientos, y aunque comprenderá usted que es difícil aprovecharlos por la índole especial de la tarea, los tendré en cuenta si llega el caso.

Ruiseñor.—Parece mentira que, con semejante pseudónimo, le hayan salido á usted tan llorones y tan patéticos los cantares.

Calamar.—Sigo sin poder aprovechar nada.

El rey que robó.—Efectivamente, de su tiempo es el género de esa composición con el manso río y la blanca mariposa y el ¡acuérdate de mí!

Cincinato.—Usted ya sabrá que las tórtolas son inocentes; pues bien, esos cantares son más inocentes que las tórtolas.

El Trovador.—El soneto no es muy bueno, pero, en fin, en el álbum de ella...

Un patriota.—«Antonio Maceo muerto,

Máximo Gómez herido,
ahora se puede decir
que todo se ha concluido.»

¡Ay, no! Lo que se puede decir es que parece mentira que no se haya concluido todavía.

Un espárrago.—No publico esas *Raspitas* porque no son muy bonitas que digamos.

Sr. D. G. H. D.—Muchísimas gracias.

GRANDES DESTILERÍAS MALAGUEÑAS COGNACS SUPERFINOS



JIMÉNEZ Y LAMOTHE

Málaga.—Manzanares.

CHOCOLATES Y CAFÉS

DE LA

COMPANÍA COLONIAL

TAPIOCA—TÉS

50 RECOMPENSAS INDUSTRIALES

DEPÓSITO GENERAL

CALLE MAYOR, 18 Y 20
MADRID

MADRID CÓMICO

PERIÓDICO SEMANAL, FESTIVO É ILUSTRADO

Precios de suscripción.

MADRID.—Trimestre: 2,50 pesetas; semestre: 4,50; año: 8.

PROVINCIAS.—Semestre: 4,50 pesetas, año: 8.

EXTRANJERO Y ULTRAMAR.—Año: 15 pesetas.

En Provincias no se admiten por menos de seis meses y en el Extranjero y Ultramar por menos de un año.

Empiezan en 1.º de cada mes y no se sirven si al pedido no se acompaña el importe.

Los señores suscriptores de fuera de Madrid pueden hacer sus pagos en libranzas del giro mutuo, letras de fácil cobro ó sellos de franqueo, con exclusión de los timbres móviles y certificando en este último caso la carta.

Precios de venta.

Un ejemplar, con el suplemento correspondiente, 15 céntimos.

« corresponsales y vendedores, 10 céntimos cada ejemplar.

Un suplemento, 10 céntimos.

« los corresponsales, 6 céntimos.

Los ejemplares de números atrasados se servirán sin aumento alguno de precio.

« los señores corresponsales se les envían las liquidaciones á fin de mes, y se suspende el envío del paquete á los que no hayan satisfecho el importe de su cuenta el día 8 del mes siguiente.

Toda la correspondencia al Administrador.

Edición y Administración: Peninsular, 4, primero derecha.

Teléfono núm. 2.160.

Despacho: Todos los días de 10 á 2 y de 4 á 6.